

La catequesis en Holanda desde los años cincuenta hasta la revisión del así llamado Catecismo holandés*

Leo ELDERS**

Hasta después de la Segunda Guerra Mundial la forma utilizada para transmitir la fe de la Iglesia a los jóvenes en las escuelas primarias y los numerosos colegios católicos de Holanda era la clásica: preguntas y respuestas simples. Se insistía en la mnemotécnica y muchas madres de familia tomaban la lección a los niños cuando volvían de la escuela. En cambio, para los alumnos de la enseñanza secundaria algunos de los manuales ofrecían explicaciones y, a veces, proponían los rudimentos de una teología fundamental o apologética. Al menos una hora, pero generalmente dos horas semanales atribuidas al curso de catequesis, eran de asistencia obligatoria. Se puede decir que todos los niños y los jóvenes católicos estudiaban en las escuelas primarias y secundarias católicas, así como en los colegios y liceos, que eran en total cien subsidiados por el estado, que empleaba a inspectores para verificar la calidad de la enseñanza según un programa común para toda Holanda. En comparación con lo que pasaba en países como Francia era una situación casi ideal. Desgraciadamente en los últimos veinte o treinta años las escuelas y colegios que llevan el nombre de católicos han perdido mucho de su carácter católico, tanto por un cambio de mentalidad en los alumnos, que ya no provienen de familias muy practicantes, como por una modificación de la actitud de los profesores. Hasta el final de la guerra, los maestros se preparaban en academias pedagógicas católicas donde recibían una formación intensa en la doctrina y vida de la Iglesia. Además, muchas maestras y maestros eran religiosas y religiosos. Había muchos liceos clásicos (que preparaban para los estudios universitarios) donde parte de los profesores eran religiosos, sacerdotes diocesanos, jesuitas, franciscanos, agustinos, etc. Pero una teología muy progresista se apoderó de las academias pedagógicas, e influyó en la manera de pensar de ciertos profesores. Deseaban una ruptura con la forma piadosa, pero cerrada y sumisa de la vida católica tradicional en Holanda.

* El autor agradece al Dr. José Manuel Tercero la revisión del texto español.

** Este texto, que ofrece una visión panorámica de la pastoral catequética en Holanda en los años setenta, inmediatos al Concilio Vaticano II, deteniéndose en la génesis y recepción del *Catecismo holandés* (1966), fue presentado en el XXVIII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, que, sobre el tema «La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea», se celebró en Pamplona, del 18 al 20 de abril de 2007 (N. de la R.).

Huelga decir que esta situación no era exclusiva de Holanda. En países como Alemania, Austria y Francia los profesores de religión trataban de liberarse de una catequesis demasiado escolástica que procedía por preguntas y respuestas; se intentaba recuperar el espíritu de los escritos del Nuevo Testamento, utilizando un método kerygmático. Se entiende que en esta situación surgió también en Holanda, sin que se sepa con precisión dónde apareció primero, el deseo de cambiar el método tradicional. Algunos como el padre Bless, jesuita, propagaban sus ideas por medio de revistas y periódicos católicos. Su difusión era favorecida por el hecho innegable de que el catecismo tradicional tenía sus defectos: el aprendizaje de las verdades principales de la fe estaba separado de una dimensión litúrgica y faltaba de un modo sistemático la referencia a la Biblia. Ya durante los últimos años de la guerra se publicó un nuevo catecismo o libro de la religión católica del dicho Padre Bless que presentaba el contenido del catecismo en la forma de una narración, lo que no fue muy apreciado por todos los alumnos de los liceos, que ya no veían bien si bastaba leer el texto o si debían aprender todo. Ellos preferían textos escolares con muchas divisiones, y puntos claros, que facilitaban una sinopsis y el trabajo de la memoria.

En el año 1956 los obispos habían encargado al Instituto Superior de Catequesis de la Universidad Católica de Nimega hacer una revisión del catecismo de 1949. Una comisión había aconsejado abandonar la forma tradicional del catecismo argumentando que la fe no es algo que se aprende, sino que se vive. En 1964 este Instituto publicó un texto con las directrices para una catequesis renovada en las escuelas¹. En este texto viene abandonada la concepción según la cual la revelación divina es la comunicación de verdades sobrenaturales. Al contrario, lo que importa es la historia contemporánea y los problemas del momento actual. Es preciso poner a la vista de los jóvenes el trasfondo de la vida de todos los días para mostrar que la fe puede iluminar la existencia humana².

De estos principios nació una catequesis orientada hacia la sociedad, que se concentró en la experiencia personal del catequista. Se llegó así hasta la teoría de que el fin de la catequesis es despertar en los jóvenes la conciencia de lo que promueve y de lo que agarra la libertad humana. La perspectiva de estos teólogos era la de la revelación como historia de la salvación en el sentido de que la salvación es un *gebeuren*, un acaecer que se realiza en los cristianos. Hasta los años cincuenta predominó la doctrina de la revelación divina como la comunicación de verdades de parte de Dios, pero bajo la influencia de la escuela de Tubinga, del naciente movimiento litúrgico, de autores como Karl Rahner, Schoonenberg, Schillebeeckx, Renckens y Hulsbosch y de la catequesis del Institut supérieur de Pastorale Catéchétique de París, la catequesis en Holanda rompió con la concepción de que se debe transmitir a los jóvenes un depósito de verdades inmutables que deben recibir y profesar en obediencia al magisterio de la Iglesia. Ahora bien las *Grondlijnen* (*Directrices fundamentales*) afirman que la revelación no debe ser concebida como una comunicación aislada y abstracta de un sistema de verdades concernientes a la salvación³.

1. *Grondlijnen voor een vernieuwde Schoolkatechese*, Hoger Katechetisch Instituut, Nijmegen 1967.

2. Cfr. J. van der VEN, en J. LESCAUWAET et al., *Balans van de Nederlandse Kerk. Kritische evaluatie van wetenschap en praktijk*, Amboboeken, Bilthoven 1975, pp. 180-184.

3. *Grondlijnen voor een vernieuwde schoolkatechese*, Hoger Katechetisch Instituut, Nijmegen 1964, p. 13.

Estos autores pretenden abrir el camino hacia un libre intercambio con el pensamiento moderno, para el desarrollo de la razón. Ya no es la doctrina de la Iglesia la que está en el centro, sino el creyente que se encuentra en el mundo de hoy. En el curso de los siglos, Dios se reveló en la historia de Israel y en el tiempo de la Nueva Alianza: Dios se revela fragmentariamente en las andanzas y peripecias de los hombres. Dios no comunica verdades aisladas, sino a sí mismo.

Desde luego, según dichos autores, esta manifestación de Dios se realiza gradualmente durante la historia hasta el fin de los tiempos. Esto significa que el catequista debe insistir en la historia de Israel y de la Iglesia. Como nada, ni siquiera la historia de la Nueva Alianza, ha llegado ya a su término, el catequista no puede cerrarse ante de la acción del Espíritu. En la catequesis hace falta ayudar a que los jóvenes vean los problemas de los hombres de hoy y se den cuenta de cómo la fe puede iluminar su existencia. En las clases de catequesis se debe tratar de las cuestiones fundamentales de la existencia humana, como la libertad, la corresponsabilidad, lo que se puede esperar. la fe es una visión de lo que conmueve al hombre moderno y le empuja a buscar un mundo habitable para todos. La fe se dirige a valores intra-mundanos.

Se ha notado que los textos de estas *Grondlijnen* son ambiguos: por un lado parecen insistir en la enseñanza más o menos tradicional de la historia de la salvación, pero, por el otro, omiten lo que es definitivo en la revelación, no hablan del magisterio ni de las profesiones de la fe, etc., y parecen mezclar lo que tradicionalmente ha sido considerado como el terreno de la vida activa de los cristianos con lo que es central y esencial: la fe de la que viven y la aceptación del mensaje permanente de la Iglesia en la obediencia de la fe.

Estas directrices son la expresión de una nueva actitud de los teólogos holandeses, algunos de los cuales se sentían oprimidos por la forma tradicional de la vida católica en Holanda y que habían experimentado la influencia del pensamiento existencialista. Insistían en la necesidad de descartar todo lo que limita la libertad personal.

En 1966 se publicó el *Nuevo Catecismo*, que había sido compuesto según los principios expuestos anteriormente. Como veremos, respecto a varios dogmas de la fe, este catecismo omitió la doctrina tradicional de la Iglesia. Los autores pensaban que ciertas fórmulas en las que la doctrina de la fe había sido expresada, dependen de situaciones históricas particulares y que por lo tanto ya no son obligatorias para nosotros que vivimos en el siglo veinte. Las doctrinas omitidas son, entre otras, el dogma de la virginidad de María, la existencia de los ángeles, la del purgatorio y la transubstanciación. Se nota un tratamiento incompleto del misterio de la Santísima Trinidad, de la Persona de Cristo, de la Redención, se niega la separación del alma humana del cuerpo en el momento de la muerte. A pesar de todo esto, el 4 de octubre de 1966 el Cardenal Alfrink aprobó el catecismo, no en todos sus pormenores, pero sí en sus grandes líneas. Hizo notar que este libro era la prueba de una nueva apertura: no todo, dijo, está en las fórmulas rígidas de los dogmas, no todo ha sido fijado para siempre. Respecto a temas subordinados el cristiano tiene una cierta libertad. Gracias a ciertas calidades literarias —el catecismo es bíblico, litúrgico y narrativo—, a su carácter innovador e incluso revolucionario, gracias también a un cierto evangelismo de los teólogos holandeses progresistas, el libro fue traducido en varios idiomas. Los autores y el editor deseaban coger por sorpresa al mundo y poner a las autoridades de Roma ante un hecho consumado. Pero en la misma Holanda hubo una reacción: grupos de laicos y otras personas enviaron sus pro-

testas bien argumentadas a Roma. Desde el principio consideraban el libro como un intento del ala progresista de los teólogos para propagar e imponer sus ideas y cambiar la Iglesia católica, si no en el mundo, al menos en Holanda. Finalmente el Papa Pablo VI estableció una comisión de cardenales para estudiar la orientación doctrinal del texto y las reservas de sus oponentes. Se veía que era necesario introducir cambios en el texto y completarlo. Tres teólogos de lengua holandesa domiciliados en Roma fueron encargados de tratar de convencer a la parte holandesa a cambiar su texto en el sentido exigido por el Papa. Se encontraron con tres teólogos holandeses en Gazzada en el Norte de Italia, del 8 al 10 de abril de 1967. Pero resultó que las discusiones entre ellos y los teólogos holandeses (Schillebeeckx, Schoonenberg, Bless) no condujeron a un acuerdo. La parte holandesa rehusó reformular varios temas doctrinales de una manera inequívoca, con la pretensión de que se trataba de opiniones libres, que la tradición había fijado como si fuesen obligatorias.

Para dar unos ejemplos: en cuanto a la transubstanciación, los holandeses no querían introducir este término, diciendo que su texto sobre la Eucaristía ya afirma que la esencia (*wezen*) del pan es cambiada, pero según ellos en la Eucaristía se trata solo de un cambio del sentido del pan y del vino para el hombre; como en el existencialismo fenomenológico la esencia de las cosas no es nada más que lo que significan para el observador humano. No estaban dispuestos a utilizar la doctrina de la reconciliación para indicar el efecto del sacrificio de Cristo: el término sería un antropomorfismo. La delegación holandesa opinaba que el aspecto biológico del nacimiento virginal de Jesús no es importante. Expresó también sus dudas respecto a la cuestión de si la existencia de los ángeles pertenece a la doctrina de la fe, porque los ángeles ya no tienen un papel en nuestra representación del mundo. De la misma manera no querían hablar explícitamente de un pecado original que habría pasado a las siguientes generaciones. Para ellos la vida después de la muerte del cristiano puede ser considerada como una resurrección incipiente. Faltan declaraciones claras sobre este aspecto de la escatología. Otras lagunas o defectos del texto se encuentran en las páginas sobre la vida moral, el primado del papa y la realidad de los milagros⁴. En general se puede decir que una filosofía fenomenológica y existencialista y a veces hasta neo-gnóstica constituye el trasfondo de este Nuevo Catecismo.

La delegación holandesa no estaba dispuesta a aceptar los cambios y las numerosas adiciones que los teólogos de la Santa Sede, que por otra parte apreciaban las buenas cualidades del texto, habían exigido en la reunión de Gazzada. Por eso el Papa por fin ordenó introducir los cambios en el texto, pero resultó una medida poco eficaz porque ya se habían vendido más de cien mil ejemplares del libro. Se puso un apéndice con las correcciones en los ejemplares todavía en posesión del editor. Mientras tanto, a más de cuarenta años de distancia, este catecismo parece haber sido totalmente olvidado. Ya nadie aún habla de él, nadie parece utilizarlo. Se puede pensar que las teorías que han presidido su redacción resultaron del ambiente cultural y religioso posterior a la Segunda Guerra Mundial: se buscaba una liberación, no ya de la ocupación de Holanda por el ejército alemán, sino que se trataba más bien de un deseo vago de escapar de la vida cristiana tradicional, que había sido bastante rigorista

4. Véase el *Witboek over de Nieuwe Katechismus* publicado por W. Bless, Utrecht 1969, que relata estas discusiones, pp. 47-77.

(por el contacto con un ambiente calvinista), y de adaptarse a la cultura tecnológica. Pero sobre todo hace falta llamar la atención hacia la aparente ausencia de una verdadera teología espiritual y un *sentire cum Ecclesia* en estos teólogos progresistas.

En 1977 apareció un libro que se había concebido para ayudar a los profesores en la enseñanza del catecismo, o en el curso de religión en las escuelas secundarias. Su título era *Werkboek voor Katechese*, publicado por el ya mencionado Instituto Superior de Estudios Catequéticos. El director de dicho Instituto, que era el autor principal del *Nuevo Catecismo*, escribe en su prefacio que la nueva publicación persigue estimular y promover una evolución en el campo de la enseñanza del catecismo, que, según él, ya había llegado a ser bastante dinámica. Los tres autores del libro dicen que desean proponer una catequesis fundada en la experiencia (*ervaringskatechese*). Pasan por alto el contenido del curso, mientras que insisten en el método. Hablan de la situación en que el catecismo es enseñado en las escuelas en los años post-conciliares y mencionan algunos problemas: la ruptura con la tradición, el rechazo de normas, una actitud muy crítica respecto a la Iglesia. Los autores sugieren que se insista en la dimensión socio-económica de la Iglesia, es decir la dimensión más bien exterior, como la de las obras de la caridad social. Es importante despertar en los alumnos la conciencia de lo que vive en ellos mismos y de ayudarles a hallar respuesta a sus interrogantes. De esta manera la catequesis será un proceso de liberación según el modelo del *Éxodo*. No se debe considerar a los alumnos como cristianos jóvenes que todavía deben ser formados. No hay que practicar una indoctrinación⁵, sino conducirles hacia una vida eclesial abierta. Las leyes de la Iglesia no deberían impedir la libertad y el deleitarse de los cristianos. Afirman que el gobierno central de la Iglesia impide ciertas evoluciones en Holanda. Pero es un hecho que existe una evolución en el campo de los dogmas y así no hay que preocuparse mucho de la integridad de la doctrina que se ha de transmitir a otros, sino de los signos del tiempo. Así se sugiere que hay que abrirse a las nuevas concepciones respecto a la sexualidad, y admitir la posibilidad de que cristianos mantengan relaciones homosexuales. La forma que se da a las relaciones sexuales, sea en un *partnership*, sea en el matrimonio, es una opción personal que expresa la propia creatividad⁶. Se concluye esta sección diciendo que todo empeño catequético está de hecho condicionado por la sociedad.

En la segunda parte del libro vienen señalados algunos principios teológicos y morales. En el pasado, la revelación ha sido concebida como la recepción por parte del hombre de conocimientos provenientes de Dios, una concepción que está todavía en la base de ciertos documentos romanos. Pero se debe rechazar una concepción esencialista de la revelación. Sería erróneo limitar la revelación divina al Antiguo y al Nuevo Testamento. Quien lo hace, pone, por así decir, la presencia de Dios revelador en una nevera. Reconocer los signos del tiempo es estar dispuesto a escuchar, y no a aplicar principios abstractos. No se debe hacer del pasado una norma para la vida presente⁷. La religión y la fe están esencialmente ordenadas al devenir. El reino es un acontecer en el hombre (*«een gebeuren aan mensen»*). En el mensaje de Jesús la idea central es que el hombre debe hacerse hombre. Es preciso considerar la sal-

5. *Ibid.*, p. 43.

6. *Ibid.*, 53 ss.

7. *Ibid.*, 78-80.

vación como una liberación concreta⁸. La predicación y la recepción de los sacramentos no son necesarios para que obre la gracia divina. El crecimiento de la Iglesia no es más importante que la humanización del mundo⁹. Para dedicarse a su tarea respecto al mundo, la Iglesia debería deshacerse de muchas de sus antiguas estructuras y ser una fraternidad, una comunidad abierta y democrática que busca la liberación de los hombres. El núcleo de la revelación es precisamente que Dios ama al mundo. Sin embargo, la revelación bíblica no nos da una imagen del hombre que sea válida para siempre. Los cristianos están expuestos al peligro de identificar una imagen particular del hombre con lo que propone y pide la fe. Aquí la experiencia personal es de primera importancia: ideas, valores y afirmaciones teológicas pierden su sentido si ya no pueden ser experimentados. El hombre moderno pone su confianza más bien en su propia experiencia que en las autoridades del pasado. Hasta las experiencias de nuestros alumnos pertenecen al contenido de la catequesis¹⁰. El catequista trata de activar en sus alumnos un proceso, durante el cual ellos mismos descubren su mundo y su porvenir. Por eso, la catequesis ya no tiene como finalidad inmediata ayudar a los alumnos a crecer en su actitud creyente. No es la tradición judeo-cristiana la que debe constituir el contenido del curso de catecismo en las escuelas, sino las experiencias de los alumnos¹¹.

Lo que extraña no es tanto que unos autores propongan teorías superficiales y erróneas, y que pasen por alto lo que significa la fe y el ser cristiano así como la tradición, sino que se trate de textos publicados bajo los auspicios del Instituto Nacional para la Catequesis, como si expresaran opiniones autorizadas. Hasta los años ochenta, el pensamiento sobre la catequesis parecía moverse en una dirección suicida: se omitía parte de la sustancia de la fe de modo que ya no hay mucho de transmitir: prevalecía la opinión de que hay que llenar la mente de los alumnos con exposiciones sobre las religiones mundiales y los grandes problemas de la sociedad. Por otro lado, hay que reconocer que el clima en las escuelas medias católicas llegó a ser muy difícil: los jóvenes ya no estaban inclinados a aprender doctrinas y vivían en una sociedad y, a veces, en familias secularizadas. Es un hecho que la catequesis en las escuelas, para que sea posible, necesita el ambiente cristiano de la familia, la parroquia y de las asociaciones católicas de los jóvenes.

Para terminar, deseo llamar la atención sobre unos aspectos de la teoría o las teorías sobre la manera en que según los protagonistas del Nuevo Catecismo y de los nuevos métodos para transmitir la fe. Una primera concepción es la de que la revelación divina no se terminó con el fin del tiempo apostólico, sino que se prosigue en los cristianos. Esta visión implica que las fórmulas de la fe poseen un valor relativo, porque los cristianos, a partir de sus experiencias personales, deben revestir estas experiencias con las categorías de pensamiento de su propia época. Una consecuencia de esta visión es que el magisterio de la Iglesia pierde mucho de su importancia y que los dogmas de la fe, por lo menos los dogmas más bien periféricos, deben ser re-formulados repetidamente. Lo que se cree, la *fides quae*, pierde su importancia. Lo afectivo pasa a dominar el aspecto cognitivo. Para dar unos ejemplos,

8. *Ibid.*, 87-88.

9. *Ibid.*, 90.

10. *Ibid.*, 108.

11. *Ibid.*, 128.

se dice que la condenación de la conducta homosexual por parte de San Pablo depende de su aversión típicamente judía de la homofilia. Si hubiera sido un griego no hubiera dicho nada. La afirmación de la indisolubilidad del matrimonio por Jesús debe entenderse en la perspectiva de lo que era la concepción del matrimonio en la Palestina de sus días. Pero si se concibe el matrimonio como un *partnership* fundado en amistad, ya no habría matrimonio si desaparece la amistad y ya no habría nada que tuviera que ser disuelto. Ya hemos llamado la atención sobre la tendencia de estos autores a subrayar lo que importa para ellos, en vez de buscar antes cómo explicar lo que son los dogmas de la fe en sí. En la misma línea la persona, la experiencia personal del catequista y sus ideas de la sociedad, la vida política y cultural son puestas de relieve. En esta visión la esperanza cristiana, la atención a la vida sobrenatural y su cumplimiento en la santidad y en la vida bienaventurada, tiene menos importancia. Se nota también que la dimensión universal del mensaje y de la persona de Jesús pierde igualmente su importancia. Efectivamente se podía notar en Holanda que desapareció en varias publicaciones la conciencia de la urgencia del ideal misionero, que antes era tan fuerte, y que varios autores propendían a atribuir una auténtica «revelación» de lo divino a los fundadores de otras religiones, y a adoptar la teoría de que los no-cristianos se salvan por la práctica de sus respectivas religiones.

Las características descritas arriba se encuentran, bajo formas y matices distintos, en las diferentes publicaciones sobre la catequesis. Hay algunos autores que insisten sobre la dimensión escatológica del mensaje de Cristo y otros que intentan conservar la sustancia de la fe y presentarla de una manera más objetiva. Desde luego, el extremo subjetivismo del hombre occidental contemporáneo, su afán de una libertad ilimitada, su deseo de una autonomía total y su propensión a mirar muy por encima todo lo que viene del pasado, su desinterés creciente por lo espiritual y por las virtudes hacen hoy muy difícil la transmisión del mensaje de Cristo.

Los cambios introducidos por los autores holandeses han dejado un campo de ruinas y, juzgando según los frutos, es evidente que se equivocaron de dirección.

Leo J. Elders, svd
Major Seminary Rolduc
Heyendallaan 82
NL-6464 EP Kerkrade
Holanda
elders@worldonline.nl